

CAPÍTULO V.

Roma.—El matrimonio romano.—Restricción de la ley de divorcio.—La matrona en el circo.—El Imperio.

Segun la fábula, Rómulo y Remo habian llamado á sí á todos los pastores que pululaban por las ásperas vertientes de las montañas italianas, y formando de ellos un pueblo, fundaban á Roma. Este abigarrado conjunto de pastores y merodeadores de bosque, no podia subsistir sin mujeres, y careciendo de ellas, en vez de buscarlas donde abundaban, hallaron más cómodo robar á los Sabinos sus mujeres é hijas, cimentando con estas uniones primitivas lo que más tarde habia de llamarse pueblo romano.

El rapto fué, por tanto, la primitiva manera de constituirse en familia, y, como consecuencia lógica, la más asquerosa promiscuidad reinó en aquellos primeros dias en que la historia se mezcla con la fábula; pero poco á poco fueron los romanos adquiriendo la civilización griega, su vecina, y ya en tiempo de los Reyes, el matrimonio se constituia de un modo más ceremonioso, si bien no más estable.

Conocianse tres clases de esponsales. La *confarreacion*, que consistia en presentarse los cónyuges

en el templo de Júpiter y comer de una torta amasada *ad hoc* en el ara santa, estando el marido acostado, la mujer sentada y en presencia de 10 testigos.

La *coempcion*, cuya ceremonia consistia en la aceptación del contrato mediante la entrega al padre de la desposada de un *as* y una *libra* (*as et libram*), acaso como recuerdo simbólico de la compra de la mujer por el hombre; y

La *usucapion*.... ¡que era la toma de posesion por usufructo! Esta fué la forma que más se usó en la primer época de la historia romana, y, por tanto, reviste los más cínicos caracteres. Bastaba para adquirir el enlace fuerza legal, que el futuro hubiese dormido durante cierto tiempo en casa de su prometida sin faltar más de tres noches á la costumbre, y con esto basta para juzgar de su inmoralidad. Debemos hacer justicia á los sentimientos del pueblo romano, diciendo que este matrimonio solo se celebraba entre las clases más abyectas de la sociedad, así como la *confarreacion* era el más usual entre la nobleza, y la *coempcion* en la clase media.

De todos ellos, vemos que el más noble, la forma más propia de expresar la igualdad de los dos sexos, era la *confarreacion*, si bien conservaba entre sus ceremonias alguna aberracion, recuerdo de primitivos errores: describámosla.

La torta nupcial se ha comido ante el altar de Júpiter, y un lazo sagrado une, no la voluntad, sino los cuerpos de los contrayentes: el *sponsus* coloca en el dedo de la desposada el anillo de hierro que simboliza la sumision de la mujer á la inquebranta-

ble voluntad de su señor, y una vez aceptado por ésta, pasea el esposo la punta de una azagaya sobre la cabeza de la mujer para señalarla con el estigma de la servidumbre. Hé aquí las reminiscencias del pasado: veamos la profecía del porvenir.

Mediante las ceremonias indicadas, la mujer ha muerto en la familia paterna para revivir en la del esposo á cuyo dominio pertenece ya, y sale del templo entre los cantos epitalámicos de los convidados, para ir á habitar la casa de su nuevo señor; pero la puerta está cerrada, el esposo desde la parte de adentro le pregunta qué es lo que busca, y los balbucientes lábios de la novia murmuran: *Ubi tu Gaius, ibi ego Gaia*: es decir, quiero vivir en tu vida, identificarme contigo; y la puerta se abre para dar entrada á aquella criatura que cambia de señor, pero no de servidumbre, proclamando (¡cruel sarcasmo!) su identidad con el esposo. Vedla en el *atrium* purificándose por el agua y por el fuego, simbolizados en el ánfora y la antorcha que ambos contrayentes han de tocar con sus manos: el esposo le hace entrega de una llave, y por medio de este simbolo la nombra intendente de su casa, dándole la direccion de la parte económica. Sólo falta ejercer dominio sobre las cosas, y á las voces del cántico *¡Sparge nuges!* la desposada arroja nueces á los circunstantes, y queda terminada la ceremonia nupcial. Ya está ligada al hombre por vínculos sagrados, pero no indisolubles por desgracia: resta al esposo el derecho de repudio, y la ley le permite usar de él por los más fútiles motivos.

El marido podia en caso de repudio retener la

dote de la esposa, y esta era la causa de que continuamente fuese la mujer repudiada y tomada á la vez por otro, que no tardaba mucho en seguir el ejemplo de su predecesor. La mujer vivia en menor edad, *in manu*; herida de incapacidad legal, nacia bajo la autoridad del padre; más tarde caia en la del esposo, y en su viudéz bajo la tutela de su hijo que podia imponerla como tutor un nuevo matrimonio sin consultar su voluntad. Si el hijo falta, cae bajo la tutela del *agnado*, que dispone, como administrador, de los bienes de su pupila: no puede testar ni perseguir á nadie en justicia aun por malos tratamientos, y de esta manera recorre la infeliz el calvario de su vida, sin otra recompensa ni otra esperanza que la incierta luz del porvenir.

Pero llega un dia en que la confarreacion pierde su carácter para convertirse en coempcion, y á su vez en usucapion ó usufructo: el libertinaje crece y relaja los vínculos sociales; no se detiene ante el *atrium* del patricio, y exige el adulterio á la casta esposa con el cinismo que impera en el lupanar. Lucrecia le cierra el paso con el puñal de Colatino, y á su brillo cae la decrepita monarquía, arrastrando en sus ruinas aquella legislacion caduca por su misma injusticia.

El pueblo vota la república, y comprendiendo la necesidad de reformar su constitucion, dicta leyes que regularicen la vida en la familia. Siendo el esposo administrador de los bienes de su mujer, coloca á su lado *el esclavo dotal*, cuya mision era, como su nombre indica, cuidar de que la dote de la esposa no fuese dilapidada por su marido. Tratando de

corregir el abuso que del repudio y del divorcio se hacia, restringe la ley, disponiendo que este no pueda verificarse sino con motivo de adulterio plenamente probado, y concediendo al esposo en este caso la facultad de retener la dote.

La mujer ve que puede reconquistar el terreno perdido, modifica su conducta, y adquiere por otra ley el derecho de salir á la calle llevando el rostro semi-velado por un tul, para distinguirse de la cortesana que le llevaba totalmente descubierto. A partir de aquel momento, el *consortium omnis vite* es un hecho durante la edad de oro de la república: la esposa es admitida á comer en el *triclinium* con su esposo, se le dá el puesto de honor entre los convidados, y ella dispone el orden de los manjares y de las fiestas que sirven de intermedio al banquete. La galantería hace por ella más que todas las leyes promulgadas en su favor; el esposo la distingue con la más exquisita delicadeza, y si la maltrata ó la abandona, puede llamarle á juicio conciliatorio ante el altar de la diosa Viriplaca, conservadora de la paz doméstica.

Marco y Decio Bruto, para honrar las cenizas de su padre, habian introducido en Roma los espectáculos del circo, y no era extraño que habituado el romano á la guerra y á ver atados á su carro vencedor reyes y príncipes prisioneros, que más ó ménos tarde eran asesinados, se acostumbrase á la crueldad y á la vista de la sangre. Pero los espectáculos de la lucha de fieras eran por demás costosos, y el Estado hubo de sustituirlos con los de gladiadores, en general prisioneros de guerra y condenados á la

última pena: esta innovacion tenia tambien otra razon de ser que, aunque cruel, encerraba su principio económico, pues de este modo se evitaban gastos al Erario con la manutencion de aquellos infelices. ¡Horrible borron que mancha la historia del pueblo más grande del mundo!

La matrona adquiere á su vez el derecho de asistir á estos espectáculos, y su alma de mujer sabe adquirir la prerogativa de indulto para el gladiador vencido: bástale levantar un dedo, y el vencedor perdona la vida á su contrario tendido en la arena y pronto á recibir el golpe de gracia. La mujer usa de este derecho, convertido en ley por la costumbre, y lo hace porque vé al hombre exaltarse á la vista de la sangre, y comprende que dejándole gozar á su placer estas impresiones, no ha de tener eco en su corazon la propaganda del amor y de la dulzura.

Despues del espectáculo, y rodeada de sus hijos en la intimidad del hogar, aboga por la supresion ó modificacion de estas fiestas, diciendo á su esposo: «Mira nuestros hijos y compadece á la madre que ve morir al suyo en las arenas del circo.» El esposo, apegado á sus costumbres, le hace observar que los gladiadores han sido enemigos del nombre romano, pero ella le replica: «Reflexiona, te ruego, que nuestros hijos pueden ser á su vez prisioneros de una nacion enemiga, y entónces habrán de sufrir la ley de represalias: ¿qué seria de nosotros si les viésemos luchar para satisfacer un capricho del vencedor?» Y una lágrima que se deslizaba por su mejilla, arrancaba un suspiro al corazon de su espo-

so, que, al par que comprendia la justicia de la observacion, conocia cuán difícil es desarraigar la costumbre de un pueblo que sólo pide *panem et circensis*.

Un saludable retraimiento iba notándose entre la clase ilustrada que dejaba de asistir al circo como habia dejado de tomar parte en los juegos *Lupercales* y *Saturnales*; pero aquel pueblo tan grande habia llegado á su apogeo, y era preciso que descendiese á su ocaso. Vino la dictadura, que á su vez se convirtió en Imperio, y á la sombra de los Césares, volvió á ser la reina del mundo una cloaca de prostitucion.

Todo conspiraba al libertinaje en la mujer: paseo, baño, teatro, comida, música, pintura, la lectura misma, eran otros tantos incentivos al placer. En el paseo, y queriendo sobrepujar en atractivos á la cortesana griega, se rodea de un lujo asiático, y enrosca á su desnudo seno el escamoso cuerpo de una culebra viva, para conservar fresca y tersa la piel; en el baño, son admitidos á la vez los dos sexos, y cuando ménos, menudean los galanteos de antesala; en el teatro, presencia las traducciones de los dramáticos griegos, que versaban siempre sobre intrigas de las cortesanas; en la comida, se perfuma las manos con cinabrio de Arabia, saborea manjares condimentados con afrodisiacos, y á los postres presencia un baile erótico, en el que la bailarina cubre su cuerpo con una ténue gasa por un refinamiento de lujuria; en la música, oye melodías que reflejan todos los matices de la pasion amorosa; en la pintura, encuentra representadas escenas de

amor entre fáunos y náyades; y finalmente, la lectura solo le ofrece los cuentos lúbricos de la sacerdotisa Elefantide.

Con semejante educacion ¿qué habia de suceder? Los titánicos esfuerzos de la mujer de generaciones pasadas, cayeron ante las pasiones de la nueva generacion; y el repudio, el divorcio, la violacion, cuanto tendia á la relajacion de la mujer, volvió á ser moda en aquella Roma, que habia sido la señora del mundo. No hay freno, no hay ley que ataje el mal: Augusto dá la ley Julia, castigando el adulterio, y al dia siguiente preséntase á desafiarla su misma hija, prostituyéndose en el *Forum* con el primero que vió.

Sonó la hora de muerte para el Imperio: sus mismos crímenes, cimentados en la molicie, abrieron la huesa en que se sepultó con horrisono estruendo, y aquel pueblo tan grande, cayó para siempre envuelto en el lodo de su corrupcion.



CAPÍTULO VI.

La mujer gala.—Las druidesas.—Sus privilegios.—
Legitimidad de la esposa.

Fijemos ahora nuestra atención en un pueblo bárbaro que, oriundo del Asia, y después de haber vagado mucho tiempo en la gran selva Ercinia, que ocupaba todo el Norte de Asia y Europa, se estableció definitivamente en un terreno fronterizo á las provincias romanas, para ser más tarde el azote del Imperio. El pueblo galo, nacido entre impenetrables bosques, rudo como la naturaleza bravía que le dió cuna, sienta sus reales en lo que después se llamó Galia, y cuyo territorio abarcaba desde el Rhin á los Pirineos, desde el Mediterráneo al Pó, desde el Atlántico á la Germania.

Nación formada de guerreros, solo vive para la guerra: el galo, fuerte, vigoroso, de atléticas formas, ojos azules ó garzos, y espléndida cabellera rubia, que ya flota sobre sus hombros ó se anuda arrogante sobre el coronal, es el símbolo de la fuerza y de la energía. Su traje se reduce á un calzon ancho que le cubre hasta la mitad del fémur, y una piel de búfalo ó de león recogida bajo la barba con un broche de cobre: sus armas, una espada sin pun-

ta, de doble y afilado corte, hecha de hierro ó cobre, y pendiente de sus hombros por una cadena, un dardo terrible, cuyo hierro termina en forma de media luna para hacer mortal la herida, y un ancho escudo cuadrado que le sirve á la vez de lecho y arma defensiva. Tiñese los cabellos con agua de cal para darles un color rojo subido, deja crecer su barba, ó cuando ménos un espeso bigote, y desecha como objetos inútiles el capacete y la coraza, porque, en su menosprecio á la vida, prefiere luchar semidesnudo.

El galo es apasionado por los bosques y torrentes, porque los primeros le prestaron su sombra en la infancia, y los segundos arrullaron su sueño sobre el escudo de su padre. Ama las selvas, porque pegado al tronco de las encinas, crece el *muérdago* sagrado, panacea científica y religiosa de sus padecimientos, y entre el espeso follaje del bosque puede elevar sus *cromlechs* y adorar en ellos á Teut. Su religión es una mezcla del politeísmo con las creencias célticas: en sus principios inmola, por mano de sus *Druidas* ó sacerdotes, víctimas humanas heridas en el diafragma, para predecir por sus movimientos nerviosos el resultado de su próxima expedición. Tiene derecho de vida ó muerte sobre su esposa é hijos, y si bien el guerrero es monógamo, el magnate practica la poligamia y usa de los derechos señoriales con sus mujeres.

En un claro del bosque y al rededor de los *cromlechs*, se agrupan otros monumentos más pequeños llamados *Dolmen*, que acaso tiene la misión de guardar los restos mortales del guerrero. El *Druida*,

vestido con una larga túnica blanca y colgando de su cuello la segur de oro, vigila constantemente al lado del altar, traduciendo por el vuelo de las aves la parte del mundo por donde la guerra amenaza al pueblo ó el sitio donde el armoricano debe dirigir sus armas en son de conquista.

Un pueblo en que imperaban semejantes costumbres, parece que habia de ser refractario á toda idea de civilizaci6n, y sin embargo, nada m6nos que eso. A la invasi6n de las Galias por los romanos, ya encontr6 C6sar modificadas sus costumbres en gran manera: los sacrificios humanos eran muy raros, 6 mejor dicho, se aplicaban á los actos de justicia con sentenciados á la 6ltima pena, sustituy6ndose la v6ctima con un toro blanco que jam6s hubiese estado sujeto al yugo de la servidumbre. ¿C6mo y en virtud de qu6 se hizo esta reforma? La historia no lo dice, pero los *bardos* lo han cantado en sus poemas.

En la costa m6s escabrosa de las Galias, sobre un promontorio de rocas que se llamaba la isla de Seu, existia un templo levantado en honor de Teut, de cuyo cuidado estaban encargadas nueve sacerdotisas que hacian voto perp6tuo de castidad y se ocupaban, al par que de los sacrificios, en revelar el porvenir á los marineros que con este objeto abordaban la isla. Estas mujeres eran, como todas las galas, altas, esbeltas, de suave y nacarina tez, y elegidas entre las m6s bellas de cada tribu. Su amor á la pureza y su prudencia en el consejo, hicieron que los guerreros armoricanos les concediesen derecho de *reto* en las asambleas dru6dicas, y por lo

m6nos una vez al a6o, 6 m6s si se trataba de declarar la guerra 6 la paz, eran admitidas á deliberar con el pueblo presidido por los sacerdotes, y su decision causaba ejecutoria en el momento de pronunciada.

6base á consumir un sacrificio humano en honor de los dioses: el jefe de los druidas esperaba el momento oportuno para herir la v6ctima tendida sobre el ara santa, y el pueblo, congregado al pi6 del *cromlech*, entonaba el «C6ntico de la Muerte.» Pero h6 aqu6 que entre los a6osos troncos de las encinas resuena un canto dulce y melanc6lico: los guerreros se levantan, empu6an sus armas y abren paso á las *hijas de Seu*: estas aparecen vestidas con largas t6nicas blancas sujetas á la cintura por una argolla de oro, coronadas del *mu6rdago* sagrado y empu6ando la segur de oro con una mano, mientras en la otra ostentan la serpiente de cobre, simbolo de su gerarqu6a. Rodean el altar, desatan á la v6ctima, y la ponen en libertad: in6tiles son las reclamaciones de los sacerdotes; no les intimidan sus siniestras miradas, porque les basta enroscar á su desnudo brazo la serpiente met6lica, y en el momento las rodean los guerreros blandiendo la espada en su defensa, mientras el *bardo*, pulsando su *rotta*, entona el canto de guerra de la Arm6rica.

Este profundo amor del pueblo á las sacerdotisas, fu6 causa de grandes innovaciones en la pol6tica y en el hogar. Compon6ndose el pueblo galo de diferentes tribus, y siendo su gobierno puramente teocr6tico, la sacerdotisa le hace caer á sus pi6s: sustituye aquel feudalismo tir6nico con una verda-

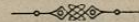
dera democracia, formando cantones de una y otra tribu, gobernados por un consejo de ancianos, y dá á esta federacion el nombre de *ciudades hermanas*: alienta el patriotismo popular por medio de la idea religiosa, y no descansa un momento hasta conseguir la abolicion gradual de la poligamia.

Como uno de los dogmas religiosos de este pueblo era creer inmortal la materia como el espíritu, adoptado el muérdago por su verdor permanente como un emblema de sus creencias, reuníanse los galos una vez al año en el bosque sagrado, y precisamente al sexto dia de la luna nueva de Octubre, para recolectar el sagrado ramaje. El muérdago no podia ser cortado con segures de hierro, acero ó cobre: estaba prescrito que únicamente la hoz de oro pudiera separarle del tronco de la encina, y que, hecho esto, fuese distribuido al pueblo por las sacerdotisas. Llegado el momento, el jefe de los *Druidas* se acercaba al árbol sagrado, y al eco de los cantos religiosos entonados por el pueblo, segaba la planta, que una sacerdotisa recogia en su halda y las demás distribuian al pueblo. En esa suprema hora se renovaban las federaciones, se elegian los jefes ó caudillos, y se votaban las decisiones más trascendentales para la familia.

Abolida insensiblemente la poligamia, empieza la mujer á conquistar su puesto de honor: ya es esposa única y legítima en el hogar, tiene la tutela y el cuidado de sus hijos hasta la mayor edad, en cuya época los entrega al esposo para su educacion militar, única que el galo conocia; y avanzando siempre, aunque lentamente, en su camino, realiza

su identidad con el esposo. Acostumbrado el galo á oír sus consejos, cambia sus condiciones de tal manera, que al contraer matrimonio y recibir la dote de la mujer, pone otro tanto por su parte en fondo, calcula sus productos, y de comun acuerdo decide con su esposa que el superviviente sea heredero de aquel capital, ó el hijo mayor en caso de la muerte de ambos.

Este pueblo se engrandeció más y más cada dia por la consideracion con que trataba á la mujer, y no solo sacudió el yugo romano, arrojando léjos de sus costas las *triremes* del Imperio, sino que llegó un dia en que sus ejércitos vivaquearon bajo las murallas de Roma. Al desaparecer de la haz de la tierra por haberse fundido en la gran familia universal, dejó escrita en ciclópeos monumentos la historia de su nombre: si alguna vez al cruzar los bosques de la Francia oís un cántico dulce y melancólico en una noche de luna, no dudeis en afirmar que es el eco de la lira de Ossian que canta las azañas de los hijos de Armórica



CAPÍTULO VII.

Jesucristo.—La nueva doctrina.—La mujer cristiana.
—La mártir.—Rehabilitación de la mujer.

Mientras estas razas conquistadoras dominaban el mundo convirtiendo la Europa en un cementerio, una verdadera revolución social agitaba el Asia y amenazaba invadir el continente europeo. Un hombre-Dios, hijo de una Virgen de Nazaret, aparecía en el desierto predicando una religión, síntesis del amor y la ternura: Jesús basaba su doctrina en el primer precepto del Decálogo mosaico «Amarás á tu Dios de todo corazón y á tu prójimo como á tí mismo.» De entender esta doctrina y hacer prosélitos en favor suyo, se encargan doce pobres pescadores, sin otras armas que su elocuencia sencilla, ni más escudo que su inquebrantable fé. La nueva doctrina no excita al sensualismo como las religiones hasta entonces conocidas, sino que por el contrario, impone la castidad y la pureza: siembra de espinas el camino de la vida, y promete al alma inmortal un paraíso de tranquilos goces, donde extasiada con su felicidad, toque los misterios de Dios y se identifique con Él por medio del amor.

Jesús no viene á la vida rodeado de la opulencia

y de gran aparato de gloria, sino que, habiendo de predicar la humildad y la pobreza, nace en un pesebre de Bethlehem, reclinado sobre la paja de la dorada mies, fructificada por el sudor del pobre, y entre el buey y el asno, símbolos del trabajo y la paciencia. Allí recibe las primeras adoraciones, no de magnates y potentados, sino de míseros pastores: nace para el proletario, á quien ha de regenerar y predicar la igualdad del alma con la palabra y el ejemplo. Tiende una mano cariñosa al oprimido y anatematiza al opresor exclamando: «¡Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados!» é inspirando desprecio á las riquezas, dice al pobre: «¡Dichoso tú, hijo mio, porque tuyo será mi reino!» Una religión que de tal modo llamaba al alma, necesariamente habia de hacer grandes progresos en el proselitismo; pero si el hombre la aceptó con ferviente entusiasmo, la mujer debia adoptarla con todas las fuerzas de su corazón.

El innovador condenaba la poligamia, proclamando que la mujer, *igual en carne y espíritu al hombre*, debia ser única en el tálamo conyugal: por eso dice al esposo: «Compañera te doy, no esclava.»

El amor filial es, sobre todo, lo que más encarece á sus adeptos; y por amor á su madre, no vacila en trastornar por primera vez el orden de la naturaleza en las bodas de Caná. Comprendiendo que el amor de la mujer es todo ternura, dice dirigiéndose á ella: «¡Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia!» añadiendo como complemento de esta esperanza y antídoto de las pasiones en la mujer: «Si tu ojo te escandaliza, váciale;» ó lo

que es lo mismo: «Yo te elijo entre las criaturas como mi predilecta; pero no des por ello cabida en tu corazón á la soberbia y el orgullo.»

Admite en su comunión lo mismo al hombre que á la mujer; por igual los instruye, por igual los considera, y de este modo prepara la rehabilitación femenina, separando las trabas que el paganismo la imponía. La mujer, sedienta de dulzura, abre su alma á la nueva creencia, se satura de ella, y se convierte en su más entusiasta defensora. Jesús predica el perdón de los pecados; y como no habla en nombre de una divinidad vengadora, sino de un Dios clemente, encuentra su voz cada vez más eco en una sociedad que miraba á sus dioses como seres terribles y les adoraba por miedo.

Una pobre mujer encenagada en el vicio, penetra una vez en la sala donde Jesús se encontraba cenando con sus apóstoles: arrójase á sus piés, los lava con sus lágrimas, los perfuma con bálsamos, y no se levanta sino cuando el Maestro la dice: «Vé en paz; tus pecados te son perdonados.» Los apóstoles se escandalizan de que Jesús haya consentido en su cuerpo el contacto de una pecadora, y oyen de su boca por toda contestación: «En verdad os digo, que sus pecados están perdonados porque ha amado mucho.» Otra, acusada de adulterio, vá á morir apedreada según la ley de Moisés: Jesús se aparece á su lado, se inclina al suelo, y escribe en la arena: «El que esté limpio de pecado arrójele la primera piedra.» Todos se apartan de la infeliz temiendo que en sus frentes aparezca el estigma de sus vicios, causa, tal vez, del crimen que intentaban cas-

tigar; y Jesús, levantándola del suelo, la rehabilita en público diciendo: «Vé en paz, y no vuelvas á pecar.»

En vista de tal piedad, la mujer abraza con entusiasmo la nueva religión, y la inculca en el corazón de su esposo y de sus hijos: el cristianismo crece y se desborda por la ciudad y por el campo, haciendo de un pueblo de rivales una ciudad de hermanos. Los altares del paganismo se derrumban ante la doctrina civilizadora del Nazareno, y el aire se impregna del perfume purísimo de tan ideal religión: los neófitos empiezan por dar libertad á sus esclavos mirándolos ya como hermanos, y terminan repartiendo sus riquezas entre los pobres, para que de este modo, se cumplan en ellos las profecías de Jesús. Los salones donde poco ántes se cantaban las odas báquicas, y sobre cuyo pavimento resonaron los bailes lúbricos, se convierten en oratorios de la mujer cristiana, que, reuniendo en ellos á toda su familia, eleva su corazón á Dios, pidiéndole paz para sus amigos y enemigos.

Creciendo cada día más el prestigio del cristianismo, los emperadores romanos tratan de ahogarle en su cuna persiguiendo al innovador: este muere en una cruz perdonando á sus verdugos, y la sangre del Mártir del Gólgota robustece su doctrina y centuplica sus adeptos. Inútiles son las persecuciones, inútiles los tormentos á que se sujeta al creyente: la religión se extiende más y más, y sienta sus reales en el mismo palacio de los Césares, porque la idea no se combate ni se extingue con la destrucción, sino con la fuerza de otra idea.

La mujer es la primera en dar el ejemplo: nada le arredra, nada le abate, y en medio de los más horribles tormentos inventados por la barbarie para hacerla abjurar de sus ideas, grita á sus verdugos: «¡Soy cristiana!» Es decir: «Sigo la doctrina de mi Maestro y desafío tu rencor.» Las luchas de gladiadores se substituyen con el martirio de cristianos; flota una nube de humo sobre Roma, y la atmósfera se satura de las emanaciones de la sangre sin que el neófito vacile un solo instante en sus creencias. Firme en su decision, arrostra sereno los asaltos de las fieras que despedazan sus miembros; y fijando su vista en el firmamento, excita á sus verdugos, diciéndoles: «¡Desgarrad mis carnes, hermanos míos, castigad la materia, para que el alma purificada de sus culpas, ascienda en esa nube hasta el trono de mi padre celestial!»

La mujer practicaba ya de hecho el sacerdocio en la familia; solo le faltaba ejercerlo en el orden religioso. Las persecuciones, en aumento cada dia, hacian necesaria la adopcion de medios que garantizasen el ejercicio del culto, preservando al mismo tiempo los vasos, ornamentos y ceremonias sagradas de la profanacion gentilica. Preciso fué que el cristianismo se refugiase en las catacumbas, y celebrase en la soledad de sus bóvedas los misterios que el panteísmo le prohibia exhibir en público; pero no le era menos necesario visitar la ciudad para predicar sus doctrinas y santificar con el agua del bautismo la cabeza de los catecúmenos. Los sacerdotes eran insuficientes en número para satisfacer las exigencias del culto, y haciéndose los bautismos por

inmersion, el pudor de la virgen cristiana habia de lastimarse al ser tocada por las manos de un hombre, por más que éste fuese ministro del culto: la Iglesia encontró el medio de allanar el obstáculo, instituyendo las *diaconisas* encargadas de administrar el bautismo á las mujeres, llevar el pan eucarístico á las cárceles, y cuidar de las ropas y accesorios del culto.

Escasas noticias han llegado hasta nosotros referentes á la vida de la familia en los primeros siglos de la sociedad cristiana, pues combatida incessantemente por la persecucion, y literalmente ahogada en sangre la civilizacion naciente, el secreto de la vida íntima bajó al sepulcro con el mártir. La tradicion, sin embargo, nos muestra el cuadro más completo de la rehabilitacion de la mujer en el hogar y en la sociedad: esposa única, elegida, no por el cálculo, sino por el amor, atiende directamente á la educacion de sus hijos inculcándoles las virtudes de su alma purísima, é instruyéndoles en la dulzura y en la pureza, cualidades inherentes á su corazon angélico.

Gozando de la misma autoridad que el esposo, éste enseña á sus hijos á respetarla, guardándole por su parte todo género de consideraciones: ella es la directora de todo cuanto se refiere á la parte económica de la casa, y de cuanto concierne al buen orden y gobierno de la familia. Durante el dia provee á las necesidades de sus administrados, y por la noche, reuniéndolos en una de sus habitaciones, reflejando en su rostro la fé más viva y el amor más intenso por su religion, ora con ellos y les explica

con sencilla y persuasiva elocuencia los misterios del cristianismo.

Renunciando voluntariamente á los espectáculos públicos, donde el Estado reúne cuantos incentivos puede despertar la pasión, solo aparece en la calle cuando la caridad la llama en auxilio del necesitado ó la Iglesia celebra sus funciones en los subterráneos de la ciudad. Durante este siglo de oro, es cuando la mujer ha alcanzado el puesto que de derecho le pertenece: despues, las generaciones y los tiempos han pasado sobre ella como un huracan, arrancando la estatua del pedestal á que la elevaran sus acciones y la sublimidad de su virtud, durante aquellos dias en que la sangre del mártir esmaltó las arenas del circo escribiendo en rojos caracteres la palabra AMOR.



CAPÍTULO VIII.

**Los visigodos.—La mujer visigoda.—Su política.—
Mahoma y su religion.—Invasion de España por
los árabes.**

Unos cuatro siglos despues de los trascendentales acontecimientos que acabamos de reseñar, ciertas tribus del Norte, desparramándose por Europa y dominando el país perteneciente aún al Imperio romano, sentaban su planta vencedora so las cumbres del Pirineo, mientras los Procónsules de Roma, sustituyendo su valor con la más cobarde bajeza, les abrian los brazos, recibiendoles como aliados. Los Suevos, Vándalos, Alanos y Silingos, pueblos belicosos y feroces, aunque con el nombre de cristianos, eran de costumbres rudas, y la civilizacion no podia encontrar en ellos un terreno fértil donde extender su semilla. Estaba reservado á otro pueblo cimentar una monarquía estable y unir los disgregados restos del pueblo Ibero, formando con distintas unidades el gran núcleo de una poderosa nacionalidad.

Los Visigodos, ó Godos Occidentales, procedentes, segun unos de la Escandinavia, segun otros de las costas del Báltico, invadieron á su vez los paí-